

EL MAESTRO DE LAS PESADILLAS

VINCULADOS

Cristina Ruiz

La radio es una orquesta y mi calle es Nueva York

*los coches son carrozas para dos
la tienda de la esquina un bonito salón
donde estamos bailando tu y yo.*

Los gatos son palomas volando alrededor

*las rayas del pijama, la prisión
a la que vuelvo siempre al apagar el despertador.*

La oreja de Van Gogh

Mi calle es Nueva York

Capítulo I

El primer despertar

Me desperté aturdida, como si el roce de mis sábanas fuese lo último esperase encontrar. Dentro de mi cabeza luchaba por apartar los restos del sueño que, como telarañas, nublaban mi percepción de la realidad.

No, no había sido un buen sueño, pero el corazón me latía con ganas de más a medida que el recuerdo iba ganando la batalla contra el olvido al que condeno a todos mis sueños: esta vez iba a conservar lo vivido y, lo que era más peligroso, las sensaciones que habían despertado en mi interior.

Poco a poco, las imágenes se agolpaban en mi cabeza. Como si de verdad acabasen de producirse. Cerré los ojos y me dejé llevar.

Deambulaba por la habitación tranquila, acompañada por el suave sonido que hacía el canchán de mi vestido rozando con el suelo, como si estuviese tan acostumbrada a estar en ese lugar que ya nada podía sorprenderme ni llamar mi atención.

Me miré en el espejo y suspiré profundamente: no me gustaba tener el pelo suelto y ahí estaba yo, con mi melena lacia cayendo en cascada sobre los hombros descubiertos. Si no tuviese la piel tan pálida no me quedaría tan mal, pero... en fin, cada una tiene sus manías y sus complejos. Eso sí, debía admitir que el corsé y el vivo color rojo del vestido no me quedaban del todo mal. Tal vez mi descontento era provocado porque me veía demasiado disfrazada, pero mi atuendo estaba acorde con el resto de la habitación. Estaba dentro de un castillo.

Solo he estado dentro de uno en toda mi vida, en aquel viaje que hice con mis padres por Europa, pero era muy pequeña como para recordarlo con tantos detalles. Sí, sabía a la perfección lo que podía encontrar en cada cajón de los muebles que iba encontrando a mi paso, de la misma

forma en que conocía a la niña pequeña que dormitaba en una pequeña cama con dosel en la habitación de al lado.

Tendría unos tres o cuatro años y llevaba un camisón de algodón rosa rematado con volantes blancos. Dormía abrazada a una almohada, como si de un peluche se tratase. Con su pelo rubio y su cara de niña buena, parecía un angelito caído del cielo.

Siguiendo más una costumbre que un impulso, me acerqué y acaricié su preciosa melena. La niña no se parecía a mi ni a nadie que hubiese conocido antes, pero allí estaba ella, comenzando a despertarse y a abrir sus preciosos ojos azules.

Se echó a mis brazos enseguida y me sonrió con ganas, luego reparó en su camisón, lo señaló y se puso triste. Suspiró y dijo "¿Damian está enfadado?".

La lástima que me inspiró la pequeña venció a la curiosidad de saber de quién estaba hablando. Desde luego, el tal Damian no parecía ser una buena persona si era capaz de infundir tanto temor y cautela a un ser tan dulce.

- Buenos días pequeña, ¿qué tal has dormido? - dijo una voz grave a mi espalda. A pesar de sobresaltarme, no me di la vuelta.. Supuse que se trataba del hombre por el que preguntó la niña y necesitaba un par de segundos para recomponerme y analizar la situación.

La niña sonrió (él debía de estar de buen humor) y, apartándome hacia un lado, se lo quedó mirando con admiración. Por pura precaución no se atrevió a echarle los brazos para que la cogiera y prefirió quedarse en mi regazo para saber cómo estaba el terreno antes de arriesgarse.

- Muy bien – afirmó orgullosa la niña mientras retorció la tela de su camisón blanco entre los dedos.

- Me alegro mucho, Emma.

Se acercó para revolver su pelo con la mano mientras la chiquilla se reía ante el gesto. Yo sólo podía ver ese resquicio de miedo que aún conservaban sus ojos, como si supiese que el hombre amable que era ahora podría convertirse en una bomba de relojería y estallar..

Era tan humillante que no quería admitirlo, pero no quería darme la vuelta y encarar al mi desconocido porque aún no sabía si mi aspecto le sería de su agrado. “Qué tontería”, pensaba mientras notaba cómo me sonrojaba por segundos y no dejaba de reprenderme, en lo profundo de mi corazón, por no estar temblando de miedo en vez de emoción.

Cuando noté su mano en mi mejilla, acariciándome hasta llegar a la barbilla para obligarme a mirarle, ya estaba a punto de desfallecer así que fue lógico que cuando suspiré y me giré para verlo todo se volviese negro.

Pestañeeé volviendo a recuperar la vista y comprobando que estaba en mi habitación. Temblé al recordar ese momento vivido.

Prisioneras. Esa palabra resumía lo único que podía sacar en claro de lo que estaba pasando. La niña y yo estábamos secuestradas por una especie de psicópata que nos retenía contra nuestra voluntad, aunque fuese en un castillo con ropas de cuentos de hadas. Y él,... si, era guapo, muy, muy guapo pero tenía una mirada intensa, como la del malo de una película de terror. Supuse que tendría unos veinte y pocos años, tenía el pelo negro y, aunque lo llevaba corto detrás, le caía sobre los ojos en un flequillo abierto que ocultaba parcialmente unos preciosos ojos verdes. Si no fuese porque en el sueño sabía que era capaz de hacer cosas horribles, me hubiese creído que la sonrisa arrebatadora que me regaló era sincera.

Me abracé al darme cuenta de que estaba temblando ¿qué me estaba pasando? Era una pesadilla, sin duda, un sueño que me estaba poniendo nerviosa.

Cerré los ojos y me aferré a la idea de volver al punto donde lo dejé, cuando tenía sus ojos clavados en los míos. Noté un cosquilleo y volví a sentir que me desvanecía.

- ¿Y tú? ¿Qué tal has dormido, cariño?

No pude contestarle, me quedé mirándolo fascinada, perdida en sus ojos verdes. Abracé a Emma para evitar que mis manos temblasen aunque sabía que el rubor de mis mejillas me delataría. Sí,

hoy estaba de buen humor y quería aprovechar ese momento para poder mirarlo sin temerlo, imaginándome lo maravilloso que sería si no estuviese en una pesadilla.

Mi mente reaccionó ante esa palabra y, de pronto, me sacó de ese recuerdo para llevarme a la realidad, intentando ordenar el caos de mi cerebro.

Miré el despertador y vi que eran las ocho y media. Había pasado una hora desde que sonó y al parecer lo había pagado, aunque no recordaba haberlo hecho.

-Todo esto es muy raro - susurré incómoda al tiempo que me incorporaba para retomar mi vida.

Mientras me preparaba para ir a segunda hora en el instituto McGullan – la primera hora ya estaba más que perdida – intentaba darle una explicación al sueño. El nombre de la niña lo había sacado de una serie que vi la noche anterior, el hombre se parecía un poco a aquel profesor tan soberbio que todos odiamos el año pasado y el castillo seguro que vino de la película que vi con mi vecina Cecily la semana pasada. Una vez que le encontré sentido al sueño me sentí mucho mejor, aunque sabía que me estaba dejando lo más importante: ¿de dónde había sacado los sentimientos que me inspiró ese extraño si nunca había sentido algo parecido?

Me miré en el espejo como si pudiese encontrar en mis ojos la respuesta, pero sólo vi las ojeras que daban un toque enfermizo a mi piel pálida, que hacía contraste con mi pelo negro. Me hice una cola alta y lamenté no tener tiempo para echarme un poco de maquillaje que disfrazara mi mala noche.

Me vestí nerviosa, como si alguien me estuviera vigilando. Me puse los vaqueros y una camiseta cualquiera, la mochila, el móvil y salí corriendo de mi habitación. Justo cuando di un portazo al cerrar recordé su voz masculina y se me heló la sangre:

– *¿Qué tal has dormido, cariño?*

Capítulo II

Te recuerdo

- ¿Catherine Jones? ¿Nos honra con su presencia en la segunda hora? - dijo el Señor Tanner - Supongo que la clase de Historia Contemporánea no era de su agrado. La delicadeza y el disimulo no eran precisamente su fuerte, sobre todo cuando tenía un mal día y se desahogaba humillando a los alumnos que, como era mi caso, tampoco habían empezado con buen pie. - Lástima que sea también su profesor de Latín.

El Señor Tanner no era un profesor de esos que cogen manía a sus alumnos, pero tras años de buenas notas sin esfuerzo en sus clases, últimamente me estaba costando muchísimo llegar al aprobado. Si no fuese porque era una idea surrealista, pensaría que a este profesor de mediana edad, con sobrepeso e incipiente calvicie no le gustaban las huérfanas, porque ese había sido el único cambio en mi vida.

Antes de mostrarle lo fuera de lugar que estaba tanta mala educación con una alumna, decidí dirigirme al único pupitre vacío al final de la clase. Lo que menos necesitaba ahora era una confrontación Tanner- Jones que podía acabar mal. Con un suspenso en mi último semestre de instituto, por ejemplo.

Odiaba sentarme al final, custodiando el tablón de anuncios repleto de actividades en las que nadie iba a participar, y viendo cómo mi amiga Cindy Thompson no paraba de hacerme señales desde delante, alborotando su ondulado pelo rubio. La conocía desde pequeña y sabía que detrás de tanto gesto y nerviosismo había una razón tan buena como el atractivo Norman Prescott, el último cuelgue de Cindy, que la traía por la calle de la amargura al mismo tiempo que entraba en el éxtasis infinito.

Me encogí sólo de pensar en la larga charla con la que me iba a obsequiar a la hora del almuerzo. Quizá había aparcado junto al coche de Norman o se había enterado de que su padre compraba en la frutería que regentaba su familia.

Supuse que estaba fuera de lugar un "te voy a contar lo que he soñado" teniendo a Norman Prescott como centro del día y, muy a mi pesar, de toda la semana. No es que ese chico no me gustase para Cindy, con su cuerpo musculoso y su pelo rubio de anuncio de champú, pero no creo que sea de fiar alguien que no sabe dónde está la biblioteca del instituto. Lo único bueno que podía tener Norman es un amigo interesante, y así era precisamente su compañero en el equipo de fútbol, Cedric Daan.

No iba a negar lo que todas las chicas del Instituto McGullan sabían, que era guapísimo y que tenía un cuerpo atlético, unos ojos azules y una melena negra que hacían juego con su siempre presente equipación de fútbol. Pero había otras cosas que no eran de dominio público, como que Cedric estudiaba en la biblioteca casi a diario y ayudaba con las actividades de la iglesia.

Por eso toleraba el nuevo tonto de Cindy, porque si el chico tenía a alguien así como su mejor amigo, algo bueno tenía que tener para ofrecerle a mi amiga.

Esa fue la frase que me repetí mentalmente durante la hora del almuerzo, porque al parecer, Cindy sí que había conseguido aparcar junto a su coche y mi llegada tarde y mis ojeras pasaron a un segundo plano, eclipsados por elegir la mejor estrategia para hablar con él cuando coincidiesen "casualmente" a la salida del campus,... aunque eso significase sacrificar su tarde (y la mía de paso) esperando ese momento.

Con mi mejor sonrisa escuché cada una de las opciones que Cindy iba proponiendo y descartando. La experiencia me decía que lo mejor sería dejarla divagar, porque al final se quedaría con lo último que dijese antes del timbre de la próxima clase. Ya estaba a punto de pasar a las natillas del postre (que por los restos de las bandejas supuse que no estarían muy buenas), cuando Cedric pasó por mi lado para abandonar el comedor, aprovechando para saludarme con una amplia sonrisa.

-Vaya. ¿Qué ha sido eso? - escuchar la voz de mi amiga me ayudó a centrarme un poco. Con suerte mantendría la compostura el tiempo suficiente como para que nadie se percatase.

- No sé de qué me hablas. Es Cedric Daan saludando, eso es todo. - La cara de Cindy era un libro abierto: quería más explicaciones. - Ya te dije que algunas veces me ayuda con las matemáticas y yo a él con Historia. - Me encogí de hombros para darle algo de veracidad a la frase.

-Claro, y te has puesto roja como un tomate sólo por eso, ¿no?

La imagen de Cindy comenzaba a desdibujarse mientras me hablaba. Sentí que me desvanecía mientras mi mente viajaba a otro lugar, a otro tiempo.

Miraba al suelo mientras arrugaba con los puños apretados mi vestido de seda rosa. Por una vez agradecía que me tuviese con el pelo suelto, porque quería tapar las lágrimas si llegaba el caso en que la rabia ganase al orgullo.

- Te he dicho que no lo puedo controlar.

- ¡El caso es que te lo has quedado mirando! ¿Qué querías? ¿Qué te reconociese? ¿Tener un bonito sueño juntos? ¿Un rescate? - Estaba realmente enfadado y además sin motivo, pero no podía razonar con él cuando estaba en ese estado. No sólo notaba que estaba temblando de miedo, también sentía a Emma detrás de mi falda, llamando mi atención para que hiciese lo necesario para que no se enfadase más.

- Damian, sólo es un compañero de clase, ni siquiera me he acercado. sólo quería saber si era él. - Alcé un poco la cara para verlo y volví a bajarla rápidamente cuando vi sus ojos mirándome con tanta intensidad que parecía que pudiera ver mi alma. - No lo he metido en mi sueño. - Terminé de decir apenas con un hilo de voz.

Se acercó a mi y me cogió las manos para que dejase en paz el vestido, llevándoselas a los labios, se regaló una sonrisa malévola al tiempo que acababa con la conversación, siempre con la última palabra:

- Por supuesto que no lo vas metido tú, Cathy, ni a él ni a nadie. Porque soy yo el que controla tus sueños.

Temblé, tanto en ese recuerdo como en la realidad a la que volví, agradeciendo la vuelta al patio del instituto y que, al parecer, no se había notado mi ausencia mental.

- Pero ¿sabes qué? - preguntó Cindy. - Nos viene genial. Tú y yo unidas para conseguir a dos chicos que además son amigos. Perfecto.

No lo veía tan perfecto, pero mientras sonaba el timbre se ahogaron mis pobres disculpas acerca de atragantarme con las natillas, estudiar mucho y descansar poco.

Mi ritmo cardíaco volvió a la normalidad cuando entré en la biblioteca. El silencio de sala de estudios hizo que todo pareciera normal, que la visión o lo que sea que acababa de experimentar no hubiese pasado nunca. Me apoyé sobre la mesa hundiendo la cabeza tras el libro de matemáticas, tal y como había visto hacer a tantos alumnos para esconderse mientras echaban una siesta furtiva.

De repente el libro desapareció y con él mi escondite, mientras que la cara de Cedric ocupaba su lugar.

-En serio Catherine, ¿vas a caer tan bajo como para utilizar ese truco?

La emoción de ver a Cedric desapareció en cuanto comencé a notar un escalofrío que recorría mi nuca.

- *Menudo gilipollas.* - Oí alto y claro dentro de mi cabeza.

Me quedé petrificada, se me agolpó la sangre en los oídos y apenas podía respirar. Me centré en la cara de Cedric para no perder el control. ¿Eso había sido su voz en mi cabeza? Demasiado real como para haberlo imaginado.

Asustada como nunca, me incorporé de un salto haciendo resonar en la sala el estruendo de mi silla arrastrándose por el suelo. Los ojos de Cedric, que antes me miraban con diversión y curiosidad, estaban abiertos como platos reaccionando ante mi actitud exagerada.

Comencé a recoger los libros y meterlos en la mochila, como si el hecho de no decir nada me hiciese invisible y pudiéramos olvidar este momento tan incómodo, pero Cedric me cogió la mano y movió la cabeza hasta hacer contacto visual conmigo.

-¿Estas bien, Cathy?

Ni siquiera pude recrearme en el hecho de que me acababa de llamar Cathy en vez de Catherine, tenía grabada en la mente un "algo no va bien" y necesitaba salir de allí antes de que pasase algo peor que mi inestabilidad emocional y mental de las últimas horas.

Me obligué a calmarme y a sonreír, deseando mostrar amabilidad y no esas sonrisas grotescas que son peores que lo que tratan de ocultar.

- Sí, estoy genial Cedric. Me he quedado dormida y había quedado con mi padre, así que o me doy prisa o voy a quedar súper mal. - ¿Había dicho "súper" delante de Cedric?- Bueno, me marchó, gracias por despertarme. Te debo una.

Y con esa frase salí de la biblioteca como si me fuese la vida en ello, atravesé medio campus y me metí en mi viejo Ford Fiesta verde. Suspiré profundamente y, antes de saber lo que estaba haciendo grité enfurecida al techo:

- Damian, ¿aquí también?

Justo cuando cerré la boca y saboreé la sensación de desahogo, sentí que ese grito era lo peor que podría haber hecho. Estaba convencida de que me había oído.

Capítulo III

Vinculados

Desde que llegué por fin a casa, mi objetivo fue mantenerme ocupada vagueando en Internet, jugando a la consola,... lo que fuese con tal de retrasar la hora de dormir, porque sentía que me esperaba algo malo al llegar a donde quiera que apareciese esta noche cuando perdiese la consciencia.

- Y ahora en serio, Cathy. ¿Puedo coger el mando y recuperar el control de esta casa?

Miré a mi padre con todo el resentimiento del que fui capaz: había estado esperando el momento en que mi personaje perdiese su última vida para que no tuviese excusa. Aunque era un padre joven, ya que él y mi madre me tuvieron con dieciocho años, el rol de "padre molón" no le pegaba nada, y desde que mi madre falleció el año pasado le iba aún menos.

Si bien era cierto que en estos meses le habían salido bastantes canas en su pelo negro azabache, que tan orgulloso estaba de haberme heredado, aún estaba muy lejos de ser el amargado viudo que todos estaban esperando en la ciudad. Holycity no estaba preparada para un viudo joven a cargo de una adolescente que pronto iría a la universidad, pero tampoco lo estábamos nosotros para el accidente de coche de mi madre. A cada uno lo suyo.

Como supuse que no querría unirse en una partida doble, me fui a fregar los restos de la cena y me recliné en mi habitación para intentar hacer tiempo por si al tal Damian se le pasaba el mal humor y todo quedaba en nada. De paso, podría analizar el hecho de que me estaba volviendo loca y la conversación que debería tener con mi padre mañana mismo acerca de buscar ayuda.

Al final, ya de madrugada, me metí en la cama y cerré los ojos. Como una noche más, mi mente se relajó y me quedé dormida.

Un rugido me despertó y abrí los ojos sobresaltada. No me pude hacer una idea de dónde estaba porque en cuanto intenté incorporarme Damian se abalanzó sobre mi, inmovilizándome contra la

cama sujetándome por los brazos. En cuanto comencé a patear para que me liberara se sentó sobre mis piernas eliminando cualquier posibilidad de forcejeo.

-¿Me recuerdas en tu vida? - gritó Damian desesperado.

Me miraba con enfadado y asustado, como si el no poder controlar la situación al cien por cien lo tuviese fuera de lugar, como si le hubiesen pillado haciendo lo que no debía y buscara echarle la culpa a alguien. Debería haberme puesto histérica pero tenerlo tan cerca sólo hizo que me perdiera en sus ojos verdes.

- ¿Qué? - Fue lo único que pude decir. Lo mismo, si me hacía la nueva, salía de este momento que pintaba muy mal para mí.

La mirada elocuente de Damian descartó mi plan inicial, el mantenerme sujeta mientras intentaba moverme e interpretaba el papel de "pobre damisela en apuros" tampoco. Lo más sensato iba a ser decir la verdad, así que suspiré cerrando los ojos y al volverlos a abrir tenía el autocontrol necesario para hablar a pesar de estar atrapada y dolorida.

-Te recuerdo en mi vida real – afirmé utilizando sus propias palabras aunque no sabía qué sentido tenía exactamente – es decir, he recordado el sueño que tuve anoche y puede que algún trozo de otro anterior. Y... juraría que te he escuchado en mi cabeza.

Se relajó un poco, echándose hacia atrás y dejando de presionar tanto mis brazos y dejando que me incorporara, lo cual fue un detalle, porque al instante comencé a sentir el flujo sanguíneo volviendo a su lugar. Vi en sus ojos que el desconcierto estaba ganando la partida al enfado.

Aproveché ese momento para echarme un vistazo. Tenía el pelo suelto y alborotado y llevaba un camisón largo de seda. El color blanco no me gustaba especialmente y desde luego, el escote que llevaba no lo habría elegido por mí misma como prenda de dormir.

Damian llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta negra. Su atuendo y el mío no tenían nada que ver porque mientras a mí me daba un estilo de princesa desvalida, a él le daba un aura de chico peligroso y atractivo. Iba a tener que hablar con el estilista de este sitio.

- ¿Y ahora? ¿Qué recuerdas ahora? - Estaba claro, el enfado era por recordarlo, pero la preocupación se debía por no saber hasta qué punto recordaba lo que no debía. No estaba acostumbrado a que algo se escapase de su control.

- Ahora mismo te puedo decir que soy Catherine Jones, vivo en la calle Jammeson de Holycity y tengo diecisiete años. Recuerdo perfectamente mi vida, a mis padres, vecinos y compañeros de instituto. - Hice una breve pausa para que asimilara mis palabras, aunque poco a poco iba liberando mis brazos, y se separaba de mi. - No sé qué hago aquí, sólo sé que te llamas Damian, que parece que nos conocemos desde hace tiempo, que estoy aquí porque tú me retienes y que hay un niña pequeña, Emma, que está en mi misma situación. Sé que eres peligroso.

Se levantó de cama liberándome por completo de su peso, cosa que extrañamente lamenté, y me tendió la mano para ayudarme a levantarme ante mi mirada atónita.

- Si, Cathy, soy peligroso. Y me temo que vas a tener que empezar desde cero. sólo espero que esta vez sigas las reglas como es debido. - Mientras cogía mi mano un cosquilleo recorrió mi cuerpo. - No sé qué demonios has hecho, pero espero que estés preparada para las consecuencias: nos has vinculado de un modo que ni yo mismo quería.

